



UNIVERSIDAD
ACADEMIA
DE HUMANISMO CRISTIANO

Tesis

Desde el decir de la
intervención social:
Elementos analíticos
para su inteligibilidad
como dispositivo

Isca Leyton Quintero

RESUMEN

LA INTERVENCIÓN SOCIAL, COMO ELEMENTO CLAVE PARA LA ACCIÓN PROFESIONAL EN LAS CIENCIAS SOCIALES, HA ESTADO ENFOCADA EN POSICIONARSE COMO MÉTODO IMPRESCINDIBLE PARA GENERAR CAMBIOS EN LO SOCIAL. ESTA VISIÓN HA DEJADO EN DESMEDRO EL TRABAJO A NIVEL TEÓRICO - REFLEXIVO SOBRE EL TEMA, SIENDO LA PRETENSIÓN DE ESTE ESTUDIO ARTICULAR POSIBLES SUPUESTOS O FUGAS QUE EL CONCEPTO EN SU DESPLIEGUE MISMO HA IDO CONSTRUYENDO. SE PLANTEA LA ARTICULACIÓN DE UN DISPOSITIVO DE INTERVENCIÓN SOCIAL, EL CUAL PERMITE LA CREACIÓN DE UN TIPO DE SABER ESPECÍFICO SOBRE SÍ MISMO, SU RELACIÓN CON OTROS Y EL PROYECTO DE SOCIEDAD AL QUE ASPIRARÍA. SE REALIZA UNA LECTURA HISTÓRICA SOBRE EL APARECER DEL DISPOSITIVO DE INTERVENCIÓN SOCIAL, VISUALIZANDO SU EMERGENCIA Y LAS MUTACIONES DISPERSADAS EN LA ELABORACIÓN DE SU CONOCIMIENTO PROPIO Y DE LAS NUEVAS FORMAS DE GOBIERNO PRESENTES EN LA ACTUALIDAD.

PALABRAS CLAVE: DISPOSITIVO DE INTERVENCIÓN SOCIAL, DISLOCACIÓN, SABER EXPERTO, LO SOCIAL LO POLÍTICO.

ABSTRACT

SOCIAL INTERVENTION, AS A KEY ELEMENT TO PROFESSIONAL ACTION IN SOCIAL STUDIES, HAS BEEN FOCUSED ON BECOMING AN INDISPENSABLE METHOD FOR GENERATING SOCIAL CHANGE. SUCH VISION HAS DECREASED THE VALUE OF THEORETICAL, REFLEXIVE WORK ON THE SUBJECT, WHOSE DESIRE HAS BEEN TO ARTICULATE POSSIBLE ASSUMPTIONS THAT THE CONCEPT ITSELF HAS BUILT. THIS STUDY PROVIDES A DEVICE OF SOCIAL INTERVENTION WHICH ALLOWS THE CREATION OF A SPECIFIC TYPE OF KNOWLEDGE ABOUT THE INDIVIDUAL, HIS OR HER RELATIONSHIP WITH OTHERS, AND THE PROJECT OF SOCIETY TO WHICH IT ASPIRES. FURTHERMORE, A HISTORICAL READING ON THE APPEARANCE OF THE DEVICE OF SOCIAL INTERVENTION IS OFFERED, VISUALIZING THE URGENCY AND THE TRANSFORMATIONS OF AN INDIVIDUAL REGARDING HIS OR HER OWN KNOWLEDGE, AS WELL AS OF THE NEW FORMS OF GOVERNMENT THAT HAVE CURRENTLY ARISEN.

KEY WORDS: DEVICE OF SOCIAL INTERVENTION, DISLOCATION, SOCIAL STUDIES AND POLITICAL STUDIES.

Desde el decir de la intervención social: Elementos analíticos para su inteligibilidad como dispositivo¹¹

Isca Leyton Quintero

Introducción

En relación al advenimiento de la modernidad, se destacan como elementos claves, para el desarrollo llevado a cabo en la investigación presente, la configuración de lo social y la aparición de las ciencias sociales, las que entremezcladas y por su mismo devenir, producirán un espacio propicio para la generación de una práctica acorde a los nuevos procesos: la intervención social.

Lo que marcará los primeros atisbos para la intervención social será la configuración de la cuestión social reflejada por distintos fenómenos que afectaban el orden en la sociedad, y que accionará el papel del Estado para regular sobre tales fenómenos, encauzar la conducta de los hombres y direccionar de manera clara la organización de la sociedad. La preocupación mostrada frente a las situaciones allí expresadas, darán forma a un lugar emergente sobre el cual se inscribirá la intervención, este lugar será “lo social”, en donde se depositarían y se precipitarían las problemáticas que abordará la intervención social.

11 Síntesis de la tesis para optar al grado de Licenciado en Psicología y título. Julio 2011. Escuela de Psicología. Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Autor: Isca Leyton. Psicóloga. E-mail: ileyton@gmail.com

Desde los diversos procesos sociohistóricos, se asiste a un nuevo tipo de racionalidad ligado al proyecto de la modernidad. Este proyecto estaría sustentado por acontecimientos históricos que así lo van precipitando y sosteniendo, también por un saber ubicado como experto desde la figura del profesional de las ciencias sociales, los que permiten generar y depositar el conocimiento generado. Por último, estaría el supuesto de fundar una dislocación frente al fenómeno sobre el cual se interviene. Todos estos elementos permitirían realizar una lectura de la intervención social como dispositivo, que puede conectar distintos campos, figuras, enunciaciones y presunciones respecto a la sociedad, su proyecto y el desenvolvimiento de la intervención, tornándose fundamental la labor del Estado, organizaciones civiles, agentes internacionales, ciencias sociales, etc., quienes definirán, como actores partícipes en encuentro y contrapuestos, los espacios y problemas dignos de intervención.

Es así que este escenario ha promovido y sostenido el refinamiento de métodos/técnicas para efectuar la intervención, lo que, en términos comparativos, ha ido en detrimento con un abordaje de tipo teórico/reflexivo al respecto, postergando preguntas de relevancia, de episteme y políticas. De esta forma nace la inquietud de reflexionar sobre algunos elementos analíticos referentes a la intervención social, en su abordaje conceptual.

El problema

La intervención social maneja como condición de posibilidad básica, la idea de generar un quiebre sobre la situación social inicial a la que se dirige, organizando distintas acciones que tendrían como fin dislocar frente a “las problemáticas sociales no resueltas en la sociedad a partir de la dinámica de base de la misma” (Corvalán, 1996, p. 1). Así, se tiende a mejorar el estado actual en que se encuentra la sociedad, hacia un

escenario ideal, que llevarían a cabo los expertos de la intervención. La existencia del lugar de experto posibilita la construcción de problemas sociales, generando y estatuyendo una producción que permite comprender, incluso objetivar y naturalizar aquellos problemas y los distintos lugares que utilizan los actores involucrados en la intervención social.

Por otro lado, lo social se ha considerado como una cuestión frágil de la cual habría que ocuparse, sostenido desde la creciente racionalización de aquel espacio. En este ámbito las ciencias sociales elevan su importancia, debido a la mirada que otorga el profesional de la ciencia social y el saber que genera desde lo científico. “Lo social aparece como una invención necesaria para hacer gobernable a una sociedad que ha optado por un régimen democrático” (Donzelot, 2007, p. 12).

Para lograr plasmar los distintos caminos que ha recorrido el concepto de intervención social, se ha hecho perentorio realizar una lectura histórica y visualizar su entendimiento en la actualidad, a través de la revisión bibliográfica en autores que han tenido influencia en estas discusiones. Siendo el foco para mirar tales acontecimientos la corriente socioconstruccionista, pues permite hacer una lectura del conocimiento como producción social, “interesándose por la comprensión y emancipación, intentando elaborar teorías ‘generativas’ (Ibáñez, 1994, p. 107).

En síntesis, este artículo abordará la dilucidación de la articulación posible en la noción de intervención social, cómo lo social llega a ser un campo sobre el cual se aplican distintos dispositivos, en este caso, el de intervención social, cuál es el lugar otorgado al saber dentro del concepto de intervención, qué concepción de sociedad es la que está a la base de tales supuestos a la luz de la comprensión de la discontinuidad/continuidad de su acción y los efectos de esta articulación.

Ejes teóricos

1.- Emergencia del dispositivo de intervención social.

La cuestión social: nominación desde el siglo XIX que se le hace a los problemas en la sociedad, expresados en una alta mortalidad infantil, condiciones precarias de trabajo, hacinamiento en ranchos o viviendas obreras, desmoralización de la clase trabajadora, altos índices de alcoholismo y vagabundeo, manifestándose el “desorden social” que se vivía por aquellos tiempos. Ahora bien, que el problema se manifestara en la clase obrera no significa que quedara circunscrito solo a aquel sector, pues se vio la sociedad entera afectada, declarándose desde distintos puntos de vista y puntualizando en diferentes problemáticas lo que acontecía por aquellos tiempos. Según Sergio Grez Toso (1997), historiador chileno, el fenómeno de maduración de la industrialización en Chile a fines del siglo XIX, propicia un momento histórico en que los problemas sociales existentes se tornaban insostenibles. Según Orrego Luco (1884), el “bajo pueblo” vivirá una desconexión con los valores imperantes (promiscuidad, falta de sentimientos de familia).

Por lo anterior, distintas corrientes (profesionales, intelectuales, religiosos, radicales y demócratas) abogarán por construir un proyecto político dirigido hacia una sociedad estable, homogénea y ordenada (Cruzat y Tironi, 1987). Se instaura la “pedagogización moral” para aplicar al pueblo “huérfano”, “abandonado” y “pobre”, dándole tribuna a los sentimientos de patria, nacionalismo y valores aspirantes al progreso nacional. Cuidando, asimismo, los deberes que se dirigirían a cuidar de la limpieza y abandonar “malas” prácticas.

Considerando las variadas corrientes ético-políticas para enfrentar la cuestión social desde el Estado, es importante evidenciar que nace más bien como el rastro de un problema económico, siendo la preocupación principal, mejorar las condiciones laborales, lograr mayor estabilidad

económica y disminuir la brecha de desigualdad. Para generar evidencia técnica, darle realce y otorgar posibles soluciones que se ajusten a datos concretos, reales y objetivos sobre la cuestión social, la estadística cumplirá un rol fundamental (Orrego, 1884). También aportará a la gestión política, creando un diseño de políticas de protección social y avanzando hacia un Estado interventor. El Estado se apreciaría como un ente regulador de la situación de los trabajadores, sobre todo en el entendido de la creciente y prometedora economía del país.

Las problemáticas que dan origen a la cuestión social fueron tomando cada vez más fuerza, pues se veía la posible desestructuración del proyecto social al cual se estaba adhiriendo, aquel que tenía relación con las sociedades industriales, ingresando al sistema económico más brutal conocido, el liberalismo. Aunque más allá de esto, se trata de mantener a la sociedad como una totalidad ordenada y estable, sumergida en la concepción de la cohesión social (Castel, 2004), dando así el soporte suficiente para “lo social”.

Lo social: adquiere su forma y comprensión con el auge de la modernidad. Operaría como lugar sobre el cual actuará la intervención, como espacio en que se depositan los problemas, lugar que sostiene y expresa los fenómenos sociales, es decir, como dimensión.

Operaría como adjetivo que da especificidad a la palabra que lo acompaña, dirigiéndose a las relaciones entre los individuos como seres autónomos e independientes, pero que se relacionan en un medio social, reificando de esta forma el vínculo o lazo social. Este “social” se ve representado por la idea de contexto, como soporte en el cual ocurrirían fenómenos sociales y de los cuales solo podrían dar cuenta los especialistas del área (Latour, 2008). Esta concepción estabiliza y mantiene a la “intervención social”.

La historicidad de lo social se podría reconocer a partir de los siglos XVIII-XIX, aconteciendo

en nuevas prácticas, fracturando sobre la misma comprensión del mundo y el desarrollo que éste irá teniendo (Arendt, 2003; Baudrillard, 1978; Deleuze, 1979; Rose, 2007). Lo social se esboza como una construcción por ciertos fenómenos ocurridos en la historia, haciéndose necesario conceptualizar lo ocurrido, dándole así un encauce y delimitando, ordenando, direccionando lo acontecido, creando, un proyecto de sociedad. De esta forma la política, para escapar de la soberanía e instalar la democracia, hace uso de lo social, lo que permite instalar la individualidad, responsabilidad, solidaridad, derechos, que están primeramente atravesando a los individuos en su ser social o en tanto habitan lo social. Y si bien se inaugura como una cierta distinción, con límites precisos, en la actualidad se ha ido volviendo cada vez más nebuloso, cubriéndolo todo, desde una figura totalizante de lo que refiera a las dinámicas de la sociedad. Lo que permite el esplendor de lo social es la creciente pérdida del sentido que es común a todos, estando la individualidad al alero de lo social, los que van tomando fuerzas como marco explicativo de la “realidad” (Donzelot, 2007).

En la actualidad, la significación y proyecto político que traía consigo ha sufrido un quiebre, ya no se trata tanto de mantener la cohesión social con una sociedad unificada y uniforme, sino que aparecen más y más diferencias, en múltiples y heterogéneas formas. Por lo tanto, la intervención social se ve enfrentada a nuevos fenómenos y nuevas perspectivas desde las cuales se da curso a la intervención y los problemas que trae aparejada. Tomando una nueva forma de gobierno para la vida de los sujetos, junto a la comunidad, en sintonía a la identificación de los propios sujetos, tornándose más gobernables (Rose, 2007).

Dispositivo de la intervención social: la palabra intervención viene del latín *interventio*, lo que quiere decir algo así como “acción y efecto de *venir entre*”, entrometerse, interponerse, ponerse entre dos cosas, situaciones o momentos que se manifiestan, en este caso, en lo social. Se

supone una dimensión preexistente a ella, que se irá determinando como “lo social”, que si bien está en una relación de exterioridad, es lo que permitiría su articulación. La característica de esta dimensión es la situación problemática, insostenible o intolerable que llama a solucionar el problema social mediante el mecanismo de intervención social.

En cuanto a la definición de intervención social no hay un acuerdo claro, lo que provoca que se mantenga la discusión, produciendo debates y cuestionamientos, pero posicionándose principalmente en la práctica interventora, en su relevancia y sus métodos, dejando de lado la pregunta por la *episteme* (en tanto generación de conocimiento y sus efectos en otros campos) y por su lectura *política* (que permite una cierta forma de organización, articulación y orden de una determinada sociedad). Las formas de comprender la intervención social nos remitiría a una naturalización en su comprensión misma.

La intervención social no se puede comprender sino desde el proceso modernizador de la sociedad occidental, jugando a dos bandos o produciendo en su ejercicio mismo un doble juego. Por un lado estaría la aspiración de cambiar ciertas situaciones que se generarían a partir de la dinámica de la sociedad, diagnosticada como negativa, no deseable, siendo lo deseable hacer más vivible el mundo común. Por otro lado, la intervención social sería contraproducente, pues solo se enfocaría en problemas específicos, no aludiendo a la gran problemática social, sin hacer una crítica más general y apostar a ello en la direccionalidad de su ejercicio (Sánchez, 1999).

Otra manera de comprender la intervención social sería desde la importancia al acto relacional para incidir en el espacio público y privado en que se manifiestan las necesidades sociales, y aspirando a una legitimación pública o social. Siendo el objetivo lograr satisfacer tales necesidades desde la acción organizativa que realizaría la intervención social (Fantova, 2006), anhelando

generar un cambio en aquellos espacios donde se manifiesta la injusticia.

Así también se encuentra una concepción de la intervención social que hace referencia a la necesidad de dar respuestas, modificar e incidir en la construcción de lo social como problema, buscando un cambio social y enfocándose solo al terreno de lo problemático.

La aparente diversidad de perspectivas presentes en la construcción del conocimiento de la intervención social y la referencia a la agenda pública (Carballeda, 2002), asiente un acercamiento a lo político como posibilidad del componer el mundo común (Latour, 2008). Así se visibilizaría el punto relacional sobre el que se ocupa la intervención, existiendo un esfuerzo para enfocarse en ciertas temáticas y posibilitando la recolección del mundo común, pero por sobre todo, incidir en aquella composición, de acuerdo al ideario existente sobre cómo debería ser este mundo y nuestras sociedades.

Por qué y para qué intervenir: la sociedad presentaría ciertas dificultades en su engranaje mismo, que haría necesaria la intromisión de uno o varios técnicos para mejorar el desperfecto sufrido por ella. En tanto actores, existirían aquellos que vivencian el mal funcionamiento de la sociedad y por otro, los que están capacitados para realizar la intervención social como técnica, efectuando un ejercicio reparatorio para mejorar aquello que no está funcionando de manera “correcta”, desde una relación de exterioridad de lo que debería ser, polarizando las acciones y posibilidades de acción, objetivando el lugar de la intervención, a partir de la instauración de aquel conocimiento.

También se requiere de un “punto de partida ético de quienes le dan origen, es decir, de un principio de inaceptabilidad de las consecuencias de la dinámica de base de la sociedad sobre la vida cotidiana de algunos individuos” (Corvalán, 1996, p. 2). El compromiso requerido será el fundante para generar la aspiración de cambiar las proble-

máticas. Como lugar de fundación, la intervención se vería reducida al compromiso ético que tendría el interventor, imposibilitando al actor social que “sufre” las consecuencias de la dinámica como residuos de la sociedad, además con la posibilidad de reducirse al plano individual.

Destinatarios de la intervención: al pensar la intervención social, una primera necesidad es la creación de grupos focales (Casas, 2003) sobre los cuales dirigirse, considerando los cambios a nivel simbólico de la nominación de cada grupo. N° se puede concebir la intervención sin un destinatario posible que aluda a un problema social específico sobre el cual aplicar. Así, los destinatarios de la intervención social, además de verse como un fin en su producción misma, también se les ve de manera asimétrica y expansiva, donde el individuo es el centro de ella, relacionándose con un mundo exterior que se vería involucrado en tal proceso (personas, familias, grupos, comunidades, organizaciones o sistemas) (Fantova, 2006). Aparece también lo social, como marco en el cual se delimitaría la acción de la intervención social, donde se situaría el problema de exclusión, marginación, vulneración y riesgos (Matus, 2006).

Dispositivo: la intervención social se vuelve una estrategia técnica, una relación de poder, correlacionándose como una estrategia de dominación, donde aparecen los aparatos y discursos como medios que contornean y atraviesan la intervención social, en tanto funciona y no tan solo desde lugares legitimados, sino también como los que no aparecen en su forma pronunciable. La intervención social puede ser comprendida como dispositivo (Agamben, 2006), ya que sus líneas de acción, discurso, entendidos, planificaciones, programas estatales, leyes de protección, prevención, reparación, promoción, instituciones que se hacen cargo, trabajadores que forman parte de él, público objetivo y todo lo que cabe en su comprensión tiene surcos indefinidos, despliegues por todos lados, heterogeneidad de bifurcaciones, cruces y distanciamientos, confluencia de fuerzas, pero que tensiona, que se mantiene inmanente a

los procesos que lleva a cabo. Es de esta manera que el dispositivo de intervención social controla los movimientos, la planificación arquitectónica, el lenguaje de sentido común, la apropiación de un sentido en la labor de quienes aspiran hacer intervención social. Se encauza y administra a las poblaciones, no solo de “riesgos”, las otras también, población entendida como cuerpo social que requiere de formas y deforma, que se gestiona mediante variadas técnicas, permitiendo y gestionando las reasociaciones en y para la vida misma. Logra inmiscuirse en la vida de los sujetos propiciando su propio gobierno, la responsabilidad de sus acciones y el sentido de comunidad, así se vuelve más moldeable el gobierno sobre ellos mismos, siendo más efectivo, pues ya no se necesitaría de un control externo.

2.- Saber e intervención social

La intervención social como concepto adquiere su emergencia dentro de cierto marco de comprensión, en este caso en las ciencias sociales, como base sobre la cual se crearían los supuestos con los cuales enfrentaría su propio campo conceptual y como dispositivo que formaría parte y fundamentaría de manera recíproca el cuerpo de las ciencias sociales. También es de esta forma que el concepto alcanza historicidad, pues no es universal, ni sempiterno, sino que adquiere su emergencia durante el siglo XIX, a medida que el posicionamiento de la ciencia social va tomando un lugar que se potencia cada vez más.

La intervención se acopla a un conocimiento generado por teorías preexistentes, o construidas para pensar la intervención social, donde se mantiene la preeminencia de los campos de saber, como producción de conocimiento necesariamente anterior para “leer” el problema sobre el cual apuntillar y depositar el saber. Por lo tanto, la labor de la intervención social y de quienes hacen uso de ella, no se juega tanto en la penetración de las dinámicas como en la comprensión intelectual

primaria para dirigirse a ellas, siendo una lectura apriorística, definidos con anterioridad, pues se enuncia, clasifica y luego soluciona, como si fueran independientes de los fenómenos sociales.

Por otro lado, existiría una tensión evidente, tensión a nivel epistemológico, en tanto si este saber se invierte o se vierte sobre la “realidad” en la que dirige su andar, o si esta producción es más bien extraída de la experiencia de la vida de los sujetos (Carballeda, 2007). Considerar el conocimiento como posterior sitúa un proceso continuo de nuevas interpretaciones y que se producirían en relación a la ubicación de cada fenómeno, respondiendo igualmente al cruce de la perspectiva de la cual se enuncia y a los procesos sociales de los cuales forma parte.

Esta discusión responde a la emergencia histórica del lugar ostentado por el saber, en que por un lado estaría el arrimo al positivismo, igualándose a las ciencias naturales, con criterios de objetividad y por otro, despojarse de aquellos criterios, renovando las discusiones en torno a lo social y los posibles enfoques desde los cuales adquiere su aproximación.

La intervención social ha ido enclavando discursos de verdad, según la producción propia en relación con la teoría social, estableciendo nuevas comprensiones para luego naturalizarlas y plasmarlas en otro sujeto. Dentro del conocimiento que ha generado, la intervención social llegó a construir saberes considerados como objetivos y verdaderos, que darían cuenta de lo que acontecería en la “realidad”, extrayendo de ella aquellos conocimientos para luego hacerlos públicos (Carballeda, 2002). Esta construcción fue gracias a métodos rigurosos para producir al otro “excluido”, extraído de la “evidencia” de los fenómenos sociales y las grandes narrativas del saber de la vida en sociedad. Así, la intervención se fue posicionando como un dispositivo articulador de saberes productivos para clasificar y ordenar lo que en algún momento fue considerado

como desorden, para luego ser posicionado como excluido.

Aparece un realce del conocimiento de tipo técnico, que permite conocer el malestar que aquejaría a la sociedad y que se enuncia como problema social, considerando los diagnósticos desde los cuales se extraerían la fineza a la cual habría que dirigirse para darle solución (Montenegro, 2001), poniendo en discusión los métodos utilizados para cumplir con tamaña tarea, posicionando nuevamente la importancia de un conocimiento formalmente científico, su aplicación y sistematización para complementarlo y respaldarlo como certero, ubicado y ubicable, lo que pavimenta el posterior análisis y evaluación.

No obstante, existiría una alternativa a esta manera de concebir la relación con el conocimiento de la intervención social, considerando la desprofesionalización (Montenegro, 2001), disminuyendo las distancias generadas entre interventor e intervenido, volviéndose la aplicación un no lugar y posibilitando relaciones dialógicas entre ambos, dando mayor protagonismo al actor intervenido.

Relación de actores en la intervención social.
Entre interventores e intervenidos: durante el siglo XIX se va construyendo un saber acerca del hombre, lo normal y lo patológico que sirve de soporte para la intervención social (Carballeda, 2002). El enfoque desde el cual se posicione el interventor será el lente que comprenderá al sujeto intervenido, posibilitando distintos lugares a ocupar de ese otro, construyéndose en relación con los intervenidos. Existiría una tensión permanente frente a la construcción del otro, pues si bien hay miradas heterogéneas, no se les ha considerado bajo un mismo nivel, como es el caso del saber científico que argüiría un lugar elevado pero que ambiciona incorporar el saber popular. Por otro lado, pareciera que para darle realce al conocimiento proveniente de la vida popular se necesita de un cambio en la concepción que

otorga una jerarquía al saber experto por sobre el saber popular.

Para la “efectividad” de la intervención social se comprometería la generación de alianzas entre el saber que maneja el profesional y el poblador, donde la intervención social aspiraría a mejorar la vida de las personas, siempre y cuando éstas desnuden sus intimidades, conocimientos y vecindarios, alimentando de esta forma el saber de tipo formal y académico. También existiría un reconocimiento orientado al saber horizontal (Rueda, 2007), reconociendo a los puntos en disputa como válidos para enfrentarse. Por otro lado, se puede considerar la intervención social como mediadora entre distintas partes, ocupando un lugar de tercero entre el Estado y los ciudadanos (Montenegro, 2001).

Saber experto: el pretender realizar conocimiento de tipo científico, saber puesto en el lugar de la experticia y en la especialidad de campos a atender, es una gran preocupación (Casas, 1990). Esto deja de lado aspectos subjetivos, demandas, pretensiones, aspiraciones provenientes de lugares ajenos a la objetividad. Este profesional experto prestaría servicios a partir de su preparación técnica producto de su conocimiento de las ciencias sociales, herramientas de investigación y diagnóstico, técnicas de intervención específicas (Montenegro, 2001).

El saber experto también se lo concibe desde la interdisciplinariedad, donde se necesita del profesional bien formado de conocimientos que sea capaz de compartir, trascendiendo lo disciplinar, aspirando a resolver la complejidad de los nuevos problemas sociales. Como sea, el llamado a la interdisciplinariedad si bien no cambia muchas cosas, permite notar una inquietud sobre cómo se está comprendiendo la idea de un saber experto y su marco en la intervención social, posibilitando la apertura entre profesionales que son parte de ella (Calienni, Martín y Moledda, 2009).

Se puede pensar también, que el saber forjado como experto responde a una red de saberes expertos, lugar desde el cual se engrandece a sí mismo y permite delinear políticas e intervenciones estratégicas para controlar de mejor manera a las poblaciones (Rose, 2007).

Saber popular: existiría un sujeto receptor de la intervención considerado poseedor de una capacidad que puede ser potenciada para mejorarse, teniendo las aptitudes para participar del cambio en la situación problemática que lo aquejaría, donde desde la intervención se lo consideraría como parte activa de su accionar, adhiriendo al saber popular. Se rescata el saber histórico y cultural, encontrándose y enaltecendo aquel saber (Corvalán, 1996).

Al considerar las políticas sociales ejercidas en estados democráticos, se expresa desde mecanismos formales la opinión pública (Casas, 1990), pero si no es organizada pierde todo efecto en la injerencia ante la política, existiendo la posibilidad que los problemas sean definidos y armados por la autoridad gobernante, quedando el reclamo posicionado como mera información.

Así también, desde la psicología social comunitaria el participante adquiere un rol protagónico en la intervención, a partir del reconocimiento generado por los profesionales, potenciando la participación y el autoreconocimiento, con mayor valor a la vida misma y concibiendo al sujeto intervenido como productor de los procesos de la intervención (Sánchez, 2001), siendo un participante activo del cambio social, suprimiendo las relaciones de dominación y explotación. Cada participante manejaría un conocimiento y conceptos que le serían propios, construyendo además nuevas formas de saber, a partir de su trabajo intelectual, ejercitando la coproducción para el saber de la intervención social.

A la luz de lo expuesto, aparece el saber del sujeto intervenido (individual o colectivo) como

una construcción de quienes están pensando la intervención, delineando concepciones y técnicas que permiten la comprensión de aquel sujeto para generar “mejores” prácticas. Ese otro sobre el que se aplica la intervención, se legitima en tanto producción de categoría analítica construida por el saber de las ciencias sociales situadas en el rescate realizado por los pensadores de la “intervención social”.

3.- Continuidad/Discontinuidad en la intervención social

En la expresión de los problemas, como dinámicas presentadas en nuestra sociedad y que se han conceptualizado como propias del campo social, la intervención social vendrá a entrometerse y tendría como objetivo que una situación inicial problemática llegue, por medio de su accionar, a convertirse en algo distinto. Aspirando a generar algún tipo de dislocación o quiebre sobre la situación inicial a la que es llamada a actuar, tendiendo a ser mejor que lo anterior e instalando comprensiones de la sociedad (Carballeda, 2002). La modificación a la que tienda se visualizará luego de un diagnóstico sobre la situación inicial, planificando los pasos a seguir. Para esto generaría un proyecto político para direccionar su operar, pudiendo ser visto como la búsqueda de un no-lugar, es decir un lugar inexistente en lo real pero al que igualmente la intervención social aspiraría, pretendiendo producir un lugar (topos) que no tiene existencia (Bajoit, 2003).

Intervención social y cambio: el cambio será considerado, desde la modernidad, como un progreso indefinido (Carballeda, 2002), por lo tanto es visto de manera positiva. Enmarcará las necesidades humanas universales y se reduciría la cuestión social a facetas técnicas, expresando su desarrollo en particularidades del sistema social, teniendo, los especialistas de cada segmento, que potenciar el bienestar de la población hacia un desarrollo evolutivo y sustentable (Manrique, 1982).

La intervención social tendría como horizonte aspirar al cambio social. Si bien considera lo relacional, estaría enfocada en lo individual, evidenciando el aspecto positivo que podría tener la vuelta a la estabilidad, luego de un evento doloroso. Sería el interventor quien permitiría realizar una relectura positiva para generar los cambios en factores que se apartan y generar un marco aceptable para situaciones que pueden ser dolorosas, incluso injustas, para el bien común (Du Ranquet, 1996).

El dispositivo de intervención social operaría como instrumento político, creando grupos sociales desde la exclusión (disfuncionales), que deben volver a lo normativo, agrupando y reorientando las conductas e individuos.

El cambio se situará en la mantención de statu quo, con cierta base permanente sobre la cual se generarían las intervenciones, conservando la estructura social existente orientada hacia la mayor estabilización y permanencia del modelo (Manrique, 1982).

Para comprender las conceptualizaciones generadas desde la intervención social, que postulan hacia un cambio social, se debe precisar una sociedad como sistema que cristalizaría una estructura que permite la desigualdad y que a la vez distribuye en distintas funciones, lo que conlleva mantener la cohesión social y cierta homogeneidad en la población. Los elementos dirigidos a este ámbito se entienden desde cambios sociales a nivel superficial, esto es de apariencia, pues existiría una base permanente, constante, en donde se moverían los distintos interventores, instituciones y sujetos para cumplir las diferentes funciones necesarias para el sistema social (Montenegro, 2001). La intervención social sería mesurada, acentuaría su accionar a la rectificación de lo desviado, considerando la sociedad como un conjunto de elementos que se relacionan para mantener la homeostasis del sistema social, en términos funcionales u operativos. Estos elementos estarían integrados para cumplir tal función, manteniendo su marcha sin grandes modificaciones.

El topos al que aspira la intervención social que se dirige a lograr el cambio social, adquiere en apariencia un lugar nuevo y deseado, al que se aspira llegar, pero este es solo maquillado como cambio, pues mantiene elementos del topos anterior, es decir, el cambio siempre es lo mismo.

Intervención social y reforma: la intervención social se debe construir bajo la negociación de políticas que permitan generar estrategias en consenso para la satisfacción de la intervención en su campo objetivo y para el Estado, donde se concentraría la decisión del cambio de la política particular a la que se aspira. Se tiende hacia la participación de los sujetos, grupos y poblaciones sobre los que realizan la intervención, considerado como protagonista de las nuevas dinámicas, utilizando sus propios recursos para la modificación de las “representaciones” existentes sobre los niveles de lo problemático o en este caso de la falsa conciencia (Lapalma, 2001). Si bien pareciera existir una percepción crítica de las realidades que les toca vivir, continúa una visión de la realidad externa que debe ser modificada a nivel de las representaciones, esto es en lo cognitivo, un cambio de conciencia o un proceso de concientización.

Las problemáticas que se expresarían serían la carencia y la fragmentación social (Lapalma, 2001), buscando generar cierta influencia eficaz, modificar e impactar sobre lo económico, político y cultural, permitiendo una mayor integración y participación, que facilitarían los procesos de cambio social. Para esto se hace necesario servirse de estructuras partidarias y grupos politizados, logrando algún grado de negociación para interrumpir la “fragmentación social” mediante la responsabilización en los actores sociales con quienes se interviene. El dispositivo de intervención social iría encauzando al grupo y las necesidades sobre las cuales habría que dirigirse para reformarlo, sobre todo en aquella dimensión que tenga relación con la política, la garantía de los derechos y la posibilidad de una participación activa. Esta activación es individual y supone efectos en la propia comunidad de la que es parte (Rose, 2007).

El reformismo llegaría a una solución de compromiso, pues supone un proceso de negociación entre el Estado y los interventores con base política partidista en la mayoría de los casos. La idea de reforma tendría su base en la comprensión de un “conflicto social” existente en la sociedad, buscando el cambio en las relaciones sociales que se estructuran desde el dominio y explotación. Con el reformismo las conquistas se irán obteniendo desde la clase proletaria, pues ésta es la base para las transformaciones propuestas. La idea de progreso está implícita, ya que las luchas y reivindicaciones serán acumulativas, desde la idea del consenso. La puesta en acción del cambio reformista está relacionada con ir de a poco logrando ciertas victorias en el campo de lo sociopolítico (Montenegro, 2001), en aquellos momentos en que pareciera que el lazo social, el derecho y la solidaridad se alejan de la democracia. En este caso, el Estado no es visto como enemigo, sino con quien se debiese establecer una relación de intercambio para el continuo desarrollo de la mejora en las condiciones de vida.

La intervención social y transformación: este tipo de intervención guía su reflexión-acción a la búsqueda de una metamorfosis social, un cambio radical y permanente en la estructura social. La estructura se vería reflejada en la reproducción de una desigualdad en términos económicos y un “abuso” de poder en las dinámicas expresadas en las relaciones sociales, siendo unos pocos los que ostentarían aquel poder y muchos aquellos que se verían oprimidos por el mismo. Se tornaría importante la investigación social y la reflexión constante a nivel de elementos teórico analíticos que permitan “transparentar” las actualizaciones de “lo social”, un volcarse a la “esencia” dinámica del campo sobre el que se expresarían los problemas de pobreza y exclusión social (Matus, 2006).

De otro modo, la intervención también perseguiría la consecución de una transformación ideológica, concebida como el proceso de dominación impuesto de una clase social sobre otra, naturalizando y perpetuando las prácticas de

dominación (Cerullo y Wiesenfeld, 2001). Esto es lo que llamaría a montar una intervención que transforma tal proceso, para quitar el velo ideológico, pues este conflicto estaría presente en sus vidas cotidianas. La tarea del interventor en este caso se alza a la desideologización estructural que son capaces de ver, pues su mirada trascendería el nivel de la apariencia llegando a la “esencia” del conflicto y adjudicándose la tarea de develarlo, promoviendo la activación de los actores sociales para solucionar tales problemas y aspirar a la realización humana basada en la “libertad”.

En consecuencia, según esta perspectiva, lo que buscará será generar mecanismos que reviertan las condiciones actuales de opresión, expresados en la base económica y contextos culturales, políticos e ideológicos, para lo cual la revolución sería una solución propuesta, que permitiría la articulación de sujetos en descontento social, capaces de dirigirse a una transformación social y global, en donde ningún individuo ni grupo se convierta en el opresor de otro.

Hacia lo continuo y discontinuo en intervención social: los conceptos de cambio, reforma y transformación estarían asociados al plano social.

Como primer acercamiento se comprenderá lo denominado cambio social como aquello que mantiene ciertos grados de continuidad sobre la problemática en la cual trabaja, incluyendo la concepción de sociedad que está a la base. De acuerdo a la regularidad que establece, podría “predecirse”, en el marco de desarrollo que se ha configurado como eje lineal, aquello que se conserva o protege como fondo inmutable, generando modificaciones graduadas pero nunca radicales. Una intervención que se dirija al cambio social mantendría algo de lo anterior en su constante, se modificarían ciertos aspectos en el orden de la apariencia, pero el problema de fondo no deja de estar presente. La estabilización de lo social sería lo que imperaría.

Para el reformismo, también se ha realizado una historia de sucesos continuos, una descripción

y proyección del ideal a seguir desde la cual se ha fundamentado su marco explicativo, pues se aspira a un progreso a partir de las conquistas que se irían obteniendo de manera acumulativa, forzando una estabilización de las diferencias existentes. Hace suyas las posibles disrupciones que apareciesen, para integrarlas al proyecto de reforma, tendiendo, mediante la consecución de victorias continuas, a lograr el quiebre anhelado, una dislocación radical. Se identificarían desde lo individual, aunque responda a cuestiones sociales, tratando de reestructurar el tejido social desde la acuñación de las individualidades.

Para la transformación social, el sentido estaría puesto en la idea de una inaceptable substancial de la estructura social, buscará la reivindicación de un lugar que fomente relaciones más horizontales, poniendo al descubierto la ideología que estaría imperando, teniendo la labor de transformar aquella ideología, donde solo algunos se verían beneficiados, considerando para esto la trascendencia de la acción política. Buscaría entonces, generar quiebres y una nueva concepción de mundo, de organización y de vida, ya que la existente no es evaluada ni aceptada de manera positiva. Esto no quiere decir que la lectura que se ha ido realizando se sitúa desde la discontinuidad, pues se conceptualiza la labor de la intervención social y las dinámicas de base de la sociedad con ciertas recurrencias, con estabilidades presentes y sobre las cuales se ejecutaría la transformación social. Se aspira a generar una dislocación radical en las relaciones sociales, una metamorfosis social y un cambio radical y permanente, pero desde un análisis de las continuidades.

5.- Conclusiones y discusiones

Se articula el dispositivo intervención social como un producto histórico, donde la producción del saber científico y su legitimidad buscaría, al menos desde la enunciación, generar discontinuidades frente al problema social que se torna evidente en lo real con su saber de verdad.

Ocurriendo al unísono la manifestación de complejidades en la dinámica de la sociedad que la va conceptualizando y enraizando en esta doble forma.

Se establecerían patrones de normalidad y anormalidad, categorización sobre la cual el dispositivo de intervención cobra realce y sobre el cual fundamenta su razón.

Lo social emprende la tarea de inventarse, tomando forma de dimensión sobre la cual se manifestarían las problemáticas, lugar en que se desenvolverían los individuos conectados por el lazo social. En ese escenario, el papel del Estado cobra nueva Trascendencia, demandando su participación desde la protección para los individuos, con políticas que más adelante se traspondrán hacia el papel del interventor, posibilitando el autogobierno de los individuos y que el dispositivo de intervención social administraría mediante las técnicas instaladas. Así, lo social irá de la mano de la política, pues permitiría la organización de los individuos, en tanto habitan lo social. Esto permitiría administrar, regular o gestionar las vidas, ya que, el dispositivo de intervención social atravesaría discursos, instituciones, prácticas y toda una red de significados que se plasmarían en las nuevas formas de vivir. Lo social en los últimos tiempos comienza a perder la forma de la evidencia, ocurriendo un despliegue de sus lineamientos, apareciendo nuevas comprensiones de lo que ocurre en la vida en sociedad y delineando nuevos conceptos que permitirían gestionar de mejor manera las poblaciones. En este nuevo escenario la *conducta* también cobra nueva importancia, donde el conocimiento técnico generado, centraría sus estudios, regularidades y administración sobre ella, como manifestación que puede ser cuantificable, individualizando las prácticas comunitarias, desfigurándose lo colectivo y lo que se tendría de común entre los hombres.

Al ubicar la importancia en lo local habría un giro que marcaría una real irrupción sobre la comprensión del dispositivo de intervención

social, pues el enfoque estaría puesto en lo comunitarista, perdiendo el eje central de lo social de la intervención, poniendo el acento sobre espacios reducidos que aunque operen con las formas, enunciaciones y consignas de lo social, se invierte un nuevo perfil, con una impronta que llama al autocontrol y a una nueva estrategia de poder que regularía desde dentro los comportamientos y las vidas de los sujetos. El dispositivo de intervención social, mediante las técnicas que se innovan y habilitan para su puesta en marcha, será el principal material que promueva las nuevas formas de gobierno, por lo tanto la instalación del conocimiento de tipo técnico mediante el saber experto, permitiría gestionar el saber actualizado en la intervención social, conocimiento que se construye desde lo medible, lo cuantificable, ya que la conducta sería puesta de relieve para generar aquel tipo de saber, que luego sería compartido con la comunidad para a través de él interiorizarlo, configurando sujetos de saber que se perfilen dentro de una “responsabilidad personal activa” (Rose, 2007).

El saber se comprendería de manera asimétrica, pues el experto estaría en un lugar de autoridad frente al conocimiento. Al situarse el interventor desde el saber experto ligado a la producción científica se invierte de un saber absolutista, otorgándose la tarea de gestionar todos los procesos considerados en la intervención social, dicese de la planificación, ejecución y evaluación, creando criterios que llamarían o invocarían a la objetividad. Por otro lado, se complementarían los saberes especialistas, que dialogarían con otras disciplinas, pero que pierden la capacidad reflexiva y preguntas por el sentido político que permitiría abstraer la aplicación de la técnica, por razonamientos orientados a la comprensión del vivir juntos, la manera en que nos agrupamos o qué sentido habría en lo que nos mantiene unidos (Sandoval, 2009). Por otro lado, los saberes responderían a una categoría analítica construida por las ciencias sociales, donde el protagonismo queda más bien relegado a delimitaciones éticas de la práctica interventora.

La concepción presente más que hablar de las relaciones hablará de una sociedad tendiente al progreso que solo se puede comprender bajo los ideales construidos mediante el proyecto de la modernidad, pero por sobre todo una construcción conceptual que organizaría lo colectivo. El “acceso” a la realidad se vería reducido a las falsas y anómalas formas en las que nos representaríamos, reduciendo en el mismo sentido las concepciones existentes de mundo a través de la capacidad cognitiva de cada cual, inhabilitando la capacidad de los sujetos, en tanto se requiere el manejo de la técnica.

Debido a los distintos lineamientos que le darían, en lo potencial, cuerpo al proyecto de generar dislocaciones sobre la sociedad y los efectos nefastos que tendrían sobre un grupo de personas o la sociedad misma, es que aparecen tres directrices posibles. El cambio mantendría la estabilidad de las cosas, se aplicaría la intervención social como instrumentos político que permitiría construir grupos de exclusión o desviados, a partir de parámetros de normalidad. Se establece una cierta naturaleza de la sociedad, por esto naturalmente volvería al equilibrio, siendo un foco principal el disciplinamiento. Para la reforma, la realidad debería ser modificada al nivel de las representaciones, irrumpiendo la fragmentación social por medio de la responsabilización, donde existiría un continuo sobre el cual se deberían ejercer las presiones para generar nuevas prácticas que tiendan a la integración. En la reforma, al echar mano a las representaciones sociales existentes aparecen los procesos cognitivos desde los cuales se podría cambiar en algo la propia representación del lugar que se debiese ocupar en la activación política, con nuevas gestiones sobre la subjetividad humana y se requiere de la implicancia personal para llevar a cabo la producción de nuevas representaciones de ciudadanía (Sandoval, 2009). La transformación estará guiada por la reestructuración de la sociedad aspirando a un lugar mejor, apareciendo en todo su esplendor la utopía de un lugar que sería construido sobre las ruinas de una sociedad pasada que oficiaría como funesta para

las relaciones humanas. Construcción que se ve atravesada no solo por las intenciones individuales o de un colectivo, sino también por toda una red de significaciones, dispositivos y disposiciones que se escapan de la intención.

La intervención social como dispositivo se comprende como la red de enunciados, silencios y estrategias que permean la vida en sociedad, establece muchas veces desde el silencio nuestra construcción de sujetos, las prácticas aceptadas y las que no, la interiorización de una forma de vivir que se acepta en tanto se estaría en una relación de imbricación. Aquel dispositivo establecería al unísono aquello que declara e identifica como también aquello que lo enuncia y declara. Así se enuncian y visualizan tres elementos: un campo (lo social), una fuerza racionalizadora (el saber experto) y un proyecto político (cambio, reforma o transformación).

Referencias bibliográficas

- Agamben, G.** (2006). ¿Qué es un dispositivo? Trabajo presentado en conferencia en la Universidad Nacional de La Plata, el 12 de octubre de 2005, La Plata. Extraído el 23 de abril de 2010 desde www.caosmosis.acracia.net
- Arendt, H.** (1958). *La condición humana*. Buenos Aires: Paidós. 2005.
- Bajoit, G.** (2003). *Todo cambia. Análisis sociológico del cambio social y cultural en las sociedades contemporáneas*. Santiago: LOM.
- Baudrillard, J.** (1978). *Cultura y simulacro*. Barcelona: Kairós. 1998.
- Calienni, M.; Martín, A. y Moleda, M.** (2009). Sobre el trabajo social, la complejidad de los territorios de intervención y la interdisciplina. Tandil, Año 2 N° 2, p. 37-47.
- Casas, F.** (1990). Aprendizaje, *Revista de Psicología Social*, N° 5 (2-3), p. 285-290. Barcelona. Universidad Central de Barcelona. Recuperado el 20 de diciembre de 2009.
- Casas, F.** (2003). Retos actuales de la psicología de la intervención social. *Repensar la intervención social: los escenarios actuales y futuros*. Col-legi Oficial de Psicòlegs de Catalunya. Secció de Psicologia de la Intervenció Social, N° 1. 2003. Pp. 87-98.
- Castel, R.** (1997; 2004). *La metamorfosis de la cuestión social*. Buenos Aires: Paidós.
- Carballeda, A.** (2002). *La intervención en lo social. Exclusión e integración en los nuevos escenarios sociales*. Buenos Aires: Paidós.
- Carballeda, A.** (2007). La intervención en lo social, las problemáticas sociales complejas y las políticas sociales. *Revista CS en Ciencias Sociales*, N° 2. Cali. Universidad ICESI. Recuperado el 30 de marzo de 2011 desde www.icesi.edu.co/revista_CS
- Cerullo, R. y Wiesenfeld, E.** (2001). La concientización en el trabajo psicosocial comunitario desde la perspectiva de sus actores. *Revista de psicología de la Universidad de Chile*, Vol. X, N° 2.
- Corvalán, J.** (1996). *Los paradigmas de lo social y las concepciones de intervención en la sociedad*. Bélgica: Cide.
- Cruzat, X. y Tironi, A.** (1987). El pensamiento frente a la cuestión social en Chile. *Pensamiento en Chile 1830-1910*, Estudios Latinoamericanos, N° 1. Nuestra América ediciones.
- Donzelot, J.** (2007). *La invención de lo social. Ensayo sobre la declinación de las pasiones políticas*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Du Ranquet, M.** (1996). *Los modelos en trabajo social. Intervención con personas y familias*. Madrid: Siglo XXI.

Etzioni, A. y Etzioni, E. (comp.) (1998). *Los cambios sociales*. México: Fondo de Cultura Económica.

Fantova, F. (2006). Aproximaciones a la intervención social. En www.fantova.net, rescatado el 03 de marzo de 2010.

Grez Toso, S. (1997). *La cuestión social en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*.

Ibáñez G, T. (1994). *Psicología social constructivista*. Guadalajara: Fin de milenio.

Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial.

Manrique, M. (1982). *De apóstoles a agentes de cambio. El trabajo social en la historia Latinoamericana*. Lima: Cetals.

Matus, T. (2006). *Apuntes sobre intervención social*.

Montenegro, M. (2001). *Conocimientos, Agentes y Articulaciones: Una mirada situada a la intervención social*. Tesis doctoral. Universitat Autònoma de Barcelona.

Orrego Luco, A. (1884). *La cuestión social*. Imprenta Barcelona.

Rose, N. (2007). ¿La muerte de lo social? Reconfiguración del territorio de gobierno. *Revista Argentina de Sociología*, año/vol. 5, número 08. Buenos Aires. Pp. 111-150.

Rueda, A. (2007). Educar para la intervención social: Los retos de la Academia. *Polis, Observatorio de Políticas Públicas*, año 2, N° 02. Cali. Universidad ICESI. Recuperado el 22 de abril de 2011 desde bibliotecadigital.icesi.edu.co

Sánchez, A. (1999). *Ética de la Intervención Social*. España: Paidós.

Sánchez, E. (2001). La Psicología Social Comunitaria: Repensando la Disciplina desde la Comunidad. *Revista de Psicología*, Universidad de Chile Vol. X, N° 2. 2001. Pp. 127-141.

Sandoval, J. (2009). Representaciones de la ciudadanía en los discursos del “saber experto”: La individualización de la desigualdad. *Psicoperspectivas*, VIII (2), 35-56. Recuperado el 30 de marzo de 2011 desde <http://www.psicoperspectivas.cl>

Artículo recibido: 5 de octubre de 2011. Aceptado: 24 de noviembre de 2011.